

# un mundo nuevo

Conclusión de la trilogía *eve*

ANNA CAREY

«Una aventura inolvidable que te atrapa sin remedio.  
Una mirada fresca sobre lo que significa amar.»  
Lauren Kate, autora de *Oscuros*

En *Un mundo nuevo*, Eve ha perdido a Caleb, su primer amor. Se ve forzada a interpretar el papel de la feliz y patriótica princesa, hija del rey de la Nueva América, confinada a Palacio y atrapada en un matrimonio de conveniencia con el consejero de su padre. Su futuro parece insoportable, pero el recuerdo de Caleb y la revolución en la que él participaba y en la que ella creía firmemente consiguen hacer su existencia algo más llevadera. Una única posibilidad de conseguir la libertad se le presenta, una oportunidad de conseguir salvarse y también a las chicas que dejó abandonadas a su suerte en su huida. Pero esa libertad le va a costar tomar una decisión terrible y muy grave. En sus manos está ejecutar al responsable de toda esta situación: su propio padre.

*Para los lectores...  
por seguirme hasta aquí*

# Uno

Charles me sujetaba firmemente por la espalda mientras bailábamos, girando una y otra vez por el invernadero. Los invitados no cesaban de observarnos. Yo miraba la estancia por encima del hombro de mi marido, intentando pasar por alto su entrecortada respiración. El coro se había situado al fondo del salón, de techo abovedado, y entonaba las primeras canciones navideñas del año.

«Feliz, feliz, feliz, feliz Navidad —cantaron a la vez—. Feliz, feliz, feliz, feliz...».

—Te pido que, como mínimo, sonrías —me susurró Charles al oído, mientras dábamos otra vuelta por el salón de baile—. ¿Me harás ese favor?

—Lo lamento; no sabía que mi desdicha te afectara. —Alcé la barbilla y, abriendo mucho los ojos, le sonreí—. ¿Así está mejor?

Amelda Wentworth, una mujer entrada en años y de cara redonda y pálida, nos miró con desconcierto cuando pasamos por delante de su mesa.

—Sabes muy bien que no me refiero a eso —aseguró Charles. Habíamos girado tan rápidamente que Amelda ni se enteró—. Sucede que., sucede que la gente intuye algo raro y hace comentarios.

—Me da lo mismo —le espeté, aunque a decir verdad estaba demasiado cansada para discutir.

Casi todas las noches despertaba antes del amanecer. Extrañas sombras se reunían y me rodeaban; en esos momentos llamaba a Caleb sin recordar que ya no existía.

La canción continuó monótonamente. Charles volvió a hacerme girar por el salón de baile.

—Sabes perfectamente de qué hablo —precisó—. Al menos podrías intentarlo.

«Intentarlo...». Siempre decía lo mismo: que intentase crearme una vida en la ciudad, que intentara superar la muerte de Caleb... ¿Por qué no trataba de salir todos los días de la torre y pasaba varias horas al sol? ¿No podía dejar atrás cuanto me había pasado, no «podíamos» olvidarlo?

—Si pretendes que sonría, probablemente no deberíamos mantener esta conversación, y mucho menos aquí.

Danzamos hacia las mesas más alejadas, cubiertas con manteles de color rojo sangre sobre los cuales había coronas navideñas como centros florales. En los últimos días, la ciudad se había transformado: habían colocado luces de colores alrededor de los postes de las farolas y de los árboles de la calle principal y, en el exterior del Palace, habían montado abetos de plástico, aunque las delgadas ramas estaban peladas en algunas zonas. Mirara hacia donde mirase me topaba con un ridículo muñeco de nieve o con un llamativo lazo provisto de adornos dorados. La nueva asistente me había vestido con un traje de terciopelo rojo, como si yo formase parte de la decoración.

Habían pasado dos días desde la festividad de Acción de Gracias, celebración de la que había oído hablar, aunque hasta entonces jamás la había vivido. El monarca ocupaba su sitio habitual en la larga mesa y se había referido a lo agradecido que estaba a su reciente yerno, Charles Harris, jefe del departamento de Desarrollo Urbano de la Ciudad de Arena. También había agradecido el apoyo constante de los ciudadanos de la Nueva América. Aquel día sostuvo la copa en el aire y, clavando su apenada mirada en

la mía, reiteró que se congratulaba por nuestro reencuentro. No le creí, sobre todo por cuanto había acontecido. Él siempre estaba vigilante, atento a que yo manifestase la más mínima señal de deslealtad.

—No comprendo por qué has seguido este camino —musitó Charles—. ¿Qué sentido tiene?

—¿Acaso tengo otra opción? —pregunté, e hice un amago de poner fin a la conversación.

En ocasiones me preguntaba si Charles sumaría dos más dos, si se percataría de los encuentros regulares que yo mantenía con Reginald, que se sentaba a la mesa de mi padre y trabajaba como jefe de Prensa, aunque en realidad era Moss, el cabecilla del movimiento rebelde. Me había negado a compartir el lecho con mi marido, y todas las noches esperaba a que se retirase a la sala de la suite. Solo le cogía la mano en público y, en cuanto nos quedábamos a solas, me encargaba de que entre nosotros existiese la mayor distancia posible. ¿Acaso no se daba cuenta de que estos últimos meses, e incluso su matrimonio, servían para un propósito totalmente distinto?

La canción terminó y la música dio paso a aplausos dispersos. El personal del Palace recorrió las mesas portando bandejas que contenían porciones de pastel rojo escarchado y café humeante. Charles retuvo mi mano al conducirme de regreso a la larga mesa de banquetes presidida por el rey. Este iba vestido para la ocasión y, como llevaba abierta la chaqueta del esmoquin, se le veía el fajín carmesí; en la solapa lucía una rosa que tenía marchitos los bordes de los pétalos. Moss se sentaba dos lugares más allá y mostraba una expresión extraña. Se puso en pie y me saludó.

—Princesa Genevieve, ¿me concede este baile? —preguntó tendiéndome la mano.

—Me temo que pretende arrancarme otra declaración —ironicé, y le dediqué una tensa sonrisa—. Vamos, aunque espero que esta vez no me pise los pies.

Apoyé mi mano en la suya, y nos encaminamos hacia el salón de baile.

Moss esperó a que estuviéramos en el centro de la estancia, a dos metros de la pareja de baile más cercana, y, finalmente, tomó la palabra:

—Lo hace cada vez mejor —comentó soltando una risi-lla—. No podía ser de otra manera, ya que ha aprendido del maestro.

Me pareció que estaba distinto, casi irreconocible. Tardé unos segundos en averiguar lo que pasaba: sonreía.

—Es verdad —murmuré, y escruté el interior del puño de su camisa, sujeto con un gemelo. Casi esperaba ver la bolsita de veneno junto a la muñeca. Lo había llamado «ricina». Hacía meses que Moss esperaba esa sustancia, traída por un rebelde que se encontraba en Afueras—. ¿Has visto a tu contacto? —le pregunté tuteándolo.

Moss miró hacia la mesa donde se hallaba el monarca: mi tía Rose hablaba animadamente con el jefe de Finanzas, gesticulando, al tiempo que mi padre ponía cara de circunstancias.

—Ha resultado mejor de lo que cabía esperar —respondió—. Han liberado el primer campamento. La revuelta ha comenzado. Esta misma tarde he recibido noticias de la ruta.

Ésa era la novedad que llevábamos meses esperando: una vez liberados los chicos de los campamentos de trabajo, los rebeldes de la ruta los incorporarían a la lucha. Se especulaba que, en el este, se estaba formando un ejército compuesto por disidentes que procedían de las colonias. Sin duda, solo faltaban unas semanas para que asediasen la ciudad.

—Entonces hay buenas noticias, aunque no hayas sabido nada de tu contacto.

—Me lo han prometido para mañana. Tendré que encontrar la manera de hacértelo llegar.

—Así pues, el plan está en marcha.

A pesar de que había accedido a envenenar a mi progenitor, ya que yo era la única persona que tenía acceso libre a él, me resultaba muy arduo asimilar lo que significaba llevarlo a cabo. Él era responsable de demasiadas muertes, incluida la de Caleb, y por ello, tendría que haber sido una decisión fácil de tomar y desecharla, todavía más. Pero, a medida que se acercaba el momento, experimentaba una sensación de vacío en el estómago. Al fin y al cabo, era mi padre, sangre de mi sangre, la única persona que, aparte de mí, había amado a mi madre. ¿Había algo de cierto en lo que me había dicho tras la muerte de Caleb?, ¿existía alguna posibilidad de que me quisiera?

Trazamos un lento recorrido alrededor del salón de baile, intentando desplazarnos con ligereza. Demoré unos instantes la mirada en el rey, que celebraba con risas un comentario de Charles.

—Dentro de unos días todo habrá terminado —murmuró Moss, cuya voz apenas era audible a causa de la música.

Supe perfectamente a qué se refería: a los combates junto a las murallas de la ciudad, a las rebeliones en Afueras, a más muertes. Todavía se me representaba la nubecilla de humo que se formó cuando dispararon a Caleb, todavía notaba el hedor a sangre en el suelo de cemento del hangar. Nos habían encontrado segundos antes de escapar de la Ciudad de Arena, justo cuando descendíamos hacia los túneles excavados por los rebeldes.

Moss me contó que, después de dispararle, pusieron a Caleb bajo custodia. El médico de la cárcel consignó que la muerte se había producido a las once y media de la fatídica mañana. Y yo me dediqué a mirar el reloj a esa hora, a la espera de que las manecillas se parasen, pero el segundero siguió girando lentamente en círculo. Caleb había dejado un hueco demasiado grande en mi vida; la enorme sensación de vacío parecía imposible de llenar. A lo largo de las últimas semanas estaba presente en el curso cambiante de mis pensamientos y en las noches que ahora pasaba a



solas, palpando la frialdad de las sábanas junto a mí en la cama.

«Aquí solía estar —evocaba—. ¿Cómo podré vivir con tanto espacio vacío?».

—Los soldados impedirán la toma de la ciudad —opiné luchando por reprimir un repentino ataque de llanto. Mi padre había apartado la silla de la mesa, se había puesto en pie y se disponía a atravesar el salón de baile—. Da igual que esté vivo o muerto.

Moss hizo un ligero gesto para indicarme que alguien podía oírnos. Quise cerciorarme: a poca distancia, Clara bailaba con el responsable de Finanzas.

—Tiene toda la razón; en esta época del año, el Palace cobra vida —comentó Moss en voz alta—. Buena observación, princesa.

Se apartó de mí en cuanto la música tocó a su fin, me soltó la mano e hizo una ligera reverencia.

Mientras recorríamos la pista, varios invitados aplaudieron. Tardé unos segundos en localizar a mi padre; se encontraba junto a la salida trasera y, con la cabeza un poco agachada, hablaba con un soldado.

Moss me seguía y, después de dar varios pasos, la cara del soldado se hizo visible. Aunque hacía más de un mes que no lo veía, continuaba estando muy demacrado y llevaba el pelo cortísimo; el sol le había proporcionado un moreno de color rojizo intenso. El teniente Stark me miró con intensidad cuando me senté a la mesa. A pesar de que bajó la voz, antes de que empezase la canción siguiente, le oí decir algo acerca de los campamentos de trabajo: había venido a comunicar la noticia de la rebelión.

El monarca había agachado la cabeza de tal modo que la oreja le quedaba a la altura de la boca del teniente. No me atrevía a mirar a Moss, de modo que mantuve la vista fija en la pared forrada de espejos que tenía frente a mí. Desde mi posición veía a mi padre, a quien nunca hasta en-

tonces le había apreciado semejante nerviosismo: apoyaba el mentón en una mano y había empalidecido mucho.

Sonaron los acordes de otra canción, y las voces del coro se propagaron por el invernadero.

—Por la princesa —brindó Charles, y alzó una fina copa de sidra.

Entrechoqué mi copa con la suya, pensando únicamente en las palabras de Moss.

En menos de una semana mi padre estaría muerto.

# Dos

Al principio no supe muy bien qué oía, pues el sonido formaba parte del brumoso espacio de los sueños. Me cubrí con la ropa de cama, pero el sonido persistió. Poco a poco centré mi atención en la habitación: una tenue luz que llegaba del exterior iluminaba el armario y las sillas. Como siempre, Charles dormía en la *chaise longue* colocada en el rincón, sobresaliéndole los pies varios centímetros fuera del almohadón. Cada vez que lo veía en esa posición, encogido y con la expresión suavizada por el sueño, la culpabilidad se apoderaba de mí. Entonces recordaba quién era ese hombre, por qué estábamos allí y que, para mí, él no significaba nada.

Me incorporé en la cama y agucé el oído. Dada la distancia a la que estábamos de la calle, el esporádico chirrido de los frenos nos llegaba débilmente, pero era inconfundible. Lo conocía de cuando nos dirigíamos al oeste, hacia California, y también de cuando recorrimos el largo trayecto hasta la Ciudad de Arena. Me acerqué a la ventana y miré hacia la calle principal, por la que una hilera de todoterrenos oficiales recorría la ciudad, con los faros encendidos en plena oscuridad.

—¿Qué pasa? —quiso saber Charles.

Desde veinte pisos de altura, me costó discernir las difusas figuras que se apiñaban en la parte trasera de los

vehículos.

—Parece que se están llevando gente de la ciudad — respondí sin dejar de observar los coches que se desplazaban hacia el sur.

La fila de todoterrenos se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Charles se frotó los ojos para despejarse y murmuró:

—Supuse que no lo harían.

—¿A qué te refieres? ¿Adónde los llevan?

Se situó a mi lado, junto a la ventana, pero nuestras imágenes apenas se reflejaron en el cristal.

—Vienen; no se van —reconoció al fin, y señaló el hospital abandonado que se alzaba en Afueras—. Son las chicas.

—¿Qué chicas?

Me fijé de nuevo en los vehículos, que, en un momento dado, frenaron y volvieron a arrancar. Un grupo de soldados estaba en medio de la calzada y daba instrucciones. Conté, como mínimo, doce coches; era el mayor número de ellos que había visto en un mismo sitio.

—Las chicas de los colegios —puntualizó él, y posó su mano en mi espalda, como si ese ademán fuera suficiente para tranquilizarme—. Hoy he oído a tu padre hablar de esta cuestión. Se dice que es una medida preventiva después de todo lo ocurrido en los campamentos.

Después de la cena, el monarca se había encerrado en el despacho con sus asesores. Estaba segura, porque era evidente, de que intentaban elaborar una estrategia de defensa, pero no me imaginaba que llegarían al extremo de evacuar los colegios. Sin tiempo para asimilar lo que acontecía, las lágrimas se me agolparon en los ojos y la visión se me tornó difusa. Por imposible que pareciese, por fin se hallaban en la ciudad: Ruby, Arden y Pip se hallaban aquí.

—¿Están todas las chicas? ¿Cuántas han venido en total?

Me desplazé de prisa por la estancia y saqué un jersey y un pantalón pitillo del armario. Me los puse por debajo del camisón, sin perder un segundo en cambiarme en el cuarto de baño, actitud que habría adoptado en condiciones normales. Me situé de espaldas a Charles cuando me cambié el camisón por el jersey de color beis claro.

Cuando me volví, advertí que tenía la vista clavada en mí y las mejillas arrojadas.

—Por lo que sé, todas están aquí. Creo que el traslado terminará al amanecer. No quieren hacerlo público.

—Ocultarlo será imposible.

Miré hacia el edificio situado enfrente: en los apartamentos se habían encendido varias luces y, tras las cortinas, vislumbré siluetas que miraban hacia la calle.

Charles no dijo nada más mientras me calzaba las bailarinas de color negro brillante que había cogido del suelo del armario. Alina, mi nueva asistente, casi nunca me permitía llevarlas en público e insistía en que luciese los tacones que me apretaban los pies y me causaban la sensación de que estaba a punto de caerme de bruces.

—No puedes salir..., el toque de queda está en vigor —comentó mi marido cuando dedujo mis intenciones—. Los soldados no te lo permitirán.

Retiré de una percha la chaqueta de un traje suyo y, a continuación, los pantalones colgados debajo.

—Claro que me dejarán salir si vas conmigo —contesté, y le lancé las prendas.

Él se sujetó la ropa apilada sobre el torso y, lentamente, sin pronunciar palabra, entró en el baño para cambiarse.

Tardamos casi una hora en llegar al hospital que se hallaba en Afueras. Los vehículos seguían agrupados en la calle principal, de modo que un soldado nos escoltó a pie. Caminé cabizbaja, mirando la arenosa calzada. La última vez

que había estado en esa zona iba al encuentro de Caleb: la serena noche me rodeaba, y la posibilidad de una existencia compartida lejos de las murallas, la posibilidad de un «nosotros», había dado alas a mis pies. En este momento, el impreciso perfil del aeropuerto apareció a lo lejos. Traté de divisar el hangar en el que habíamos compartido aquella noche, y donde las delgadas mantas de la aerolínea apenas nos habían protegido del frío. Caleb había acercado mi mano a sus labios y me había besado cada dedo antes de que el sueño nos venciera....

Me dominó una sensación de malestar y desasosiego. Con la esperanza de que se me pasase, inhalé el frío aire. Cuando nos adentramos en Afueras, mis pensamientos saltaron de Caleb a Pip. Hacía varios meses que había hablado con mis amigas durante una visita «oficial» que había logrado negociar con mi padre. Había regresado a nuestro colegio a visitar a las alumnas y accedido a pronunciar un discurso ante las más pequeñas. Posteriormente, Pip y yo nos habíamos sentado un poco apartadas en el jardín del edificio de ladrillos sin ventanas, y mi amiga se había dedicado a deslizar los dedos en círculo por la mesa de piedra hasta que se le enrojecieron. Estaba muy pero que muy enfadada conmigo. Habían pasado más de dos meses desde que yo entregara a Arden la llave de la salida lateral del colegio, la misma que la profesora Florence me había dado a mí, pero no me había enterado de que se hubiese producido un intento de fuga. ¿Acaso Arden aún la tenía escondida entre sus pertenencias, o es que alguien la había descubierto?

Al aproximarnos al hospital, resonaba el petardeo de numerosos motores. Una sucesión de todoterrenos se hallaban pegados a una pared lateral del edificio de piedra; sus faros encendidos supusieron un agradable alivio en medio de la oscuridad. Un poco más adelante, tres mujeres soldados permanecían de pie junto a las puertas de cristal, la mitad de las cuales estaban tapiadas con madera contracha-

pada. El hospital había dejado de utilizarse incluso antes de la epidemia; los arbustos que lo rodeaban estaban resecos y sin hojas, y la arena se acumulaba en el límite entre la pared y el suelo. Dos de los soldados discutían con una mujer mayor que vestía camisa blanca impecable y pantalón negro, el uniforme de los trabajadores del centro de la ciudad. Una de ellas, en quien resaltaba una mancha de nacimiento roja y ovalada, le dijo:

—No podemos ayudarte.

Otra soldado, de cejas finas y nariz pequeña y picuda, que rondaba los treinta y cinco años, ordenó a la persona con la que hablaba por radio que se esperase.

Aunque la trabajadora estaba de espaldas, reconocí la delgada sortija de oro que lucía en un dedo, el anillo con una sencilla piedra verde en el centro. Eran las mismas manos que habían estrechado las mías el día en que llegué al Palace, las que habían pasado una toallita para limpiarme la piel cubierta de tierra y desenredado con gran cuidado los nudos de mi mojada cabellera.

—¡Beatrice! —la llamé—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

La mujer se giró. A pesar de que solo habían transcurrido dos meses desde que no la veía, parecía envejecida: marcadas arrugas le enmarcaban la boca, como si fuesen unos paréntesis, y las ojeras tenían un tono grisáceo.

—Me alegro de verla —afirmó aproximándose.

—Le falta decir «princesa Genevieve» —puntualizó Charles, y levantó una mano para cortarle el paso.

Lo aparté sin hacerle el más mínimo caso. Cuando la mañana de mis esponsales descubrieron que yo había desaparecido, Beatrice tuvo que confesar que me había ayudado a salir del Palace. El rey la había amenazado, lo mismo que a su hija, que desde que era un bebé residía en uno de los colegios. Como temió por la vida de su hija, la mujer reveló mi lugar de encuentro con Caleb, es decir, el emplazamiento del primero de los tres túneles que los rebeldes ha-